Auto de Fe

Mañana de domingo. El bochorno del día empezó tan pronto como salió el sol. Un anciano, con la espalda encorvada por la insistencia del tiempo, raspando el suelo con sus pasos arrastrados, viniendo desde el fondo del pueblo, subía la Rua das Malvas. Apuntaba, allá arriba, hacia la Rua Direita que le llevaría a la Igreja Matriz, aún plantada fuera del caserío, en los límites del pueblo, como pidiendo a quien quisiera adoptarla que la llevara en brazos.

Era domingo. Ya se ha dicho. Día de misa. Nunca había faltado.

En la cabeza del viejo, ya sea por la fuerza de la canícula o por el desgaste del uso al cabo de tantos años o, quién sabe, por el poder de una imaginación que se negaba a rendirse, los tiempos, los recuerdos, la vívida experiencia se mezclaban con las historias escuchadas de otras personas, de otras generaciones. Y así fue como, al llegar a la Plaza y encontrarse con el edificio del Ayuntamiento, se paró, alzó la mirada, apuró el oído y entendió. De las calles vecinas llegaba, en muchedumbres sucesivas, la gente del pueblo. ¿Sería otra vez la llegada de don Miguel? ¿El regreso del «suspirado y legítimo Rey»? Pues no. Hombres y mujeres se aglomeraban alrededor de la picota. Varias de ellas venían atraídas por la intriga forjada a escondidas, en la *Plaza de la Villa de Cano*, en los escalones de la fuente adonde llegaban las noticias y se enredaba la verdad de cada día. Al balcón abierto sobre la picota llegaban los más altos dignatarios locales, aclamados con estridentes vivas procedentes del suelo, de la voz del coro. Abajo, a la izquierda, en la pescadería, se afinaba la salazón que llevaría, poco después, el pescado seco a las puertas del convite. A la derecha, en la carnicería, colgaba, en un rítmico balanceo, el cordero convocado a la ceremonia como el primero de los que seguirían para dar vida a toda la tarde.

Doblando la esquina por la derecha, en el subsuelo de la edilidad, las rejas de la cárcel guardaban al condenado. A él le quedaba gritar. De desesperación. De miedo.

A cada ruego suyo, horrendo en su dolor, en su desesperación, respondía el pueblo:

–¡Muerte! ¡Muerte!

Desde el campanario, allá en lo alto, coronando el poder, se soltaban los badajos despertando las campanas.

El anciano se detuvo en medio del populacho. Perdido en el tiempo, no sabía distinguir lo que veía de lo que imaginaba. Del *Horno de la Orden* –le parecía– se desprendía un extraño olor a pan y a paz, mientras del sol se soltaban rayos que hacían relucir las «diez alabardas» que forman el *Conjunto Metálico de Cano*.

De la plaza junto a la Iglesia, por los lados de abajo, llegaba el carrasco, de negro vestido, de rostro escondido. Los gritos de «muerte... muerte» recrudecieron y se hicieron ensordecedores cuando, arrastrado por tres soldados, llegó el condenado.

Al fondo. Al final de la Rua Direita. En la Iglesia Matriz. Empezaba la eucaristía dominical. Terminaban los cánticos de acogida. Subía el sacerdote al altar. Y decía, santiguándose:

–*In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.*

En la plaza, en coro, el público respondía:

– Amén.

Álvaro Laborinho Lúcio

Julio de 2023